

Desde el recuerdo

En el mundo introvertido de la Universidad actual es cada vez mayor el número de lo que podríamos llamar «subentidades», que un humorista quizás denominara minidepartamentos, habitáculos en los que el individuo se aísla y en los que las relaciones humanas son rígidas. Muchos de nosotros, en cambio —y me refiero a los que aquí colaboramos y a los que añoramos—, hemos conocido experiencias o vivencias universitarias muy diferentes: hemos podido sentirnos, al mismo tiempo, maestros, compañeros, discípulos, alumnos, amigos...; enseñar y ser enseñados, compartir la mesa de la clase y los juegos en las horas libres...

Recuerdo que, sustituyendo alguna vez a José Manuel Blecua, tuve como alumno ocasional a Manuel Alvar en el Instituto Goya de Zaragoza. Primeros años cuarenta... Después, Manuel Alvar habría de ser maestro para mí en muchos temas: me llevó a acercarme más a lo lingüístico, sin tratar, por supuesto, de interferir en mis preferencias literarias. En los Cursos de Verano de Málaga, que él dirigió durante tantos años, tuve el honor de profesar, como conferenciante, sobre «Teatro poético» y, en general, sobre «Teatro español contemporáneo». En aquella ciudad se creaba un ambiente especialmente grato; a ello contribuía, sin duda alguna, su encanto urbano, pero la clave residía en el calor amigo, en la cordialidad que Manuel y Elena Alvar creaban a su alrededor. Hay que añadir el apoyo de Elena Villamana, quien, a modo de Señora de La Almunia trasladada a tierras malagueñas, velaba por que los aragoneses que participábamos en el Curso alcanzáramos un éxito especial.

Yo he tenido la suerte de vivir unos vínculos fraternales entre quienes, como digo, nos hemos sentido maestros, alumnos, compañeros, amigos... Ha habido una afinidad especial entre nosotros —me refiero a José Manuel Blecua, Francisco Ynduráin, Manuel Alvar,

Félix Monge, Tomás Buesa, yo mismo... y tantos otros...—. Esa afinidad espiritual no es el resultado del trabajo de mesa de laboratorio, sino que nace desde el interior de nuestra propia vocación. La vocación, la llamada desde y hacia el estudio de la literatura y de la lengua, desde y hacia la filología, nos ha unido de forma versátil y enriquecedora.

Este *Homenaje* a la memoria de Manuel Alvar se celebra en el marco de la Institución «Fernando el Católico», cuya dirección me proporcionó tantos años felices. Pues bien, la Institución aquilató nuestra amistad y nuestras afinidades vocacionales. Desde sus comienzos, la Institución había contado con la colaboración intensa de Francisco Ynduráin y Manuel Alvar, responsables sucesivos del *Archivo de Filología Aragonesa*. Cuando yo me hice cargo de su dirección, traté de incrementar la presencia de los estudios filológicos con la creación de tres cátedras dedicadas a sendas parcelas de estudios lingüísticos y literarios. Una de esas cátedras fue bautizada con el nombre de Manuel Alvar.

Así, cuando rendimos homenaje a la inmensa contribución de Alvar a la Filología hispánica, no quiero que falte mi recuerdo, labrado de cariño, de vocación compartida.

ILDEFONSO-MANUEL GIL (†)

Director de la Institución «Fernando el Católico»
(1985-1993)